

A  
946  
2,

D222  
E77  
I8



BIBLIOTECA

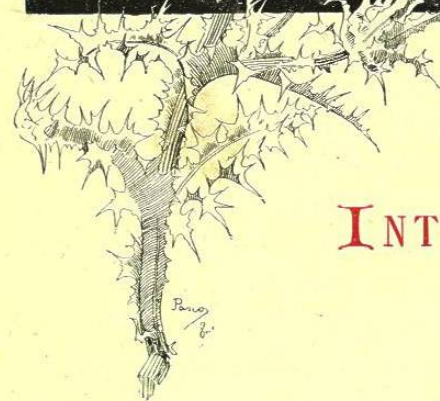
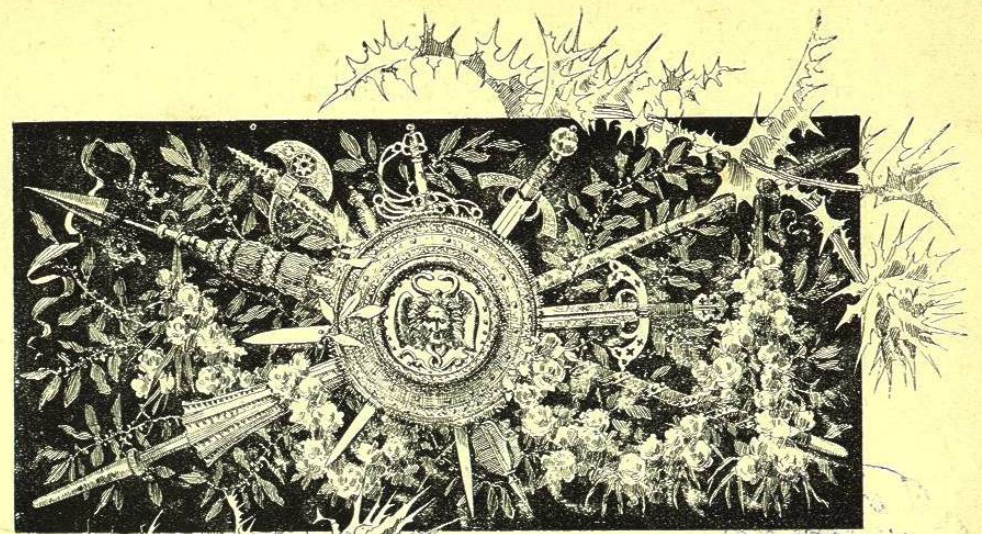
ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



ACERVO GENERAL

127587

171



BIBLIOTECA

## INTRODUCCIÓN

Día vendrá, en que estos prodigios del arte y de la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiración de los pueblos, y en que disfrazada en devoción la curiosidad, resucite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones, y engendre una nueva especie de superstición, menos contraria á la ilustración de nuestros venideros.

JOVELLANOS, *Anál. del discurs.*

CUÉNTASE de aquel grande emperador Carlos V que, arribando á Mallorca de paso para la desgraciada expedición de Argel, como los naturales le acogiesen con singulares muestras de regocijo, y viese él la pompa de los festejos y la riqueza de los adornos, dijo entre la admiración y la sorpresa: «que encontrado había un pueblo ignorado y un reino oculto.» Y bien dijo el Emperador; pues duraba aún en la mayor de las Baleares el esplendor que el comercio levantino le valiera en los siglos

anteriores; su nobleza, no retirada todavía al fondo de sus palacios, amaba los juegos del palenque y la bizarría en las galas; y comerciantes y marinos de naciones diferentes llenaban sus plazas y sus lonjas.

Si así desconocida entonces en su valor político—valor que los grandes descubrimientos en el Océano y las circunstancias de los tiempos le fueron quitando después,—eslo poco menos ahora en su importancia artística y literaria, ya que ni nuestros artistas ni nuestros literatos han extendido sus peregrinaciones más allá de las orillas del Mediterráneo. Un solo español, desde el claustro silencioso ó desde el sombrío castillo donde le arrinconó la envidia cortesana, alzó el primero una punta del velo que cubría los monumentos de la isla. Hombre educado en el rigor de la escuela antigua, no vaciló en evocar las sombras graciosas y esbeltas de la Edad-media; y dotado de un gusto exquisito y de saber profundo en las Bellas Artes, tan seguros y sólidos pasos dió por aquel nuevo sendero, que si alguno osó recorrerlo después, anduvo sobre sus antiguas huellas. Hablamos de Jovellanos—uno de los no menos aventajados restauradores del buen gusto en España, y otra de las vivas lumbreras, que ya en el reinado de Carlos III nos mostraron el camino de un verdadero progreso intelectual, que ni remotamente fuimos siguiendo después, hasta estos últimos tiempos. Su aplicación y constancia suavizaron su cautiverio, y preguntaron á los archivos de la isla los nombres de los autores de sus monumentos; y su imaginación poética y halagüeña pobló de visiones airoas y dulces por añejas los aposentos de su cárcel, al paso que su sano juicio hizo objeto de estudio á lo que sólo debía serlo de horror y melancolía (a).

(a) La Catedral, la Lonja, el castillo de Bellver, los conventos de Santo Domingo y San Francisco, los principales monumentos de Palma, el panorama de la isla observada desde el citado castillo, la historia de la Cartuja de Valldemosa, han tenido la insigne honra de ocupar la pluma del que más se adelantó á su época en intuición artística, no menos que en elevación moral y en importancia literaria.

Mas—sea dicho con el respeto que á su ciencia y virtudes profesamos—sus trabajos fueron comienzos profundos; que ni su triste posición, ni el estado de las ideas favorecieron sus conatos; y cosa harto asombrosa es que, á fuerza de buena voluntad y con solo aquel gran discernimiento suyo, fijase principios tan excelentes como duraderos, que hoy forman la base de los sistemas más adelantados.

Los anticuarios del país no han hecho más que caminar por la senda ya trazada por aquel escritor ilustre, aunque de lejos y sin andarla toda, sin la imaginación y buen juicio de aquel, y sin la abundancia y firmeza de los conocimientos que le granjearon nombre esclarecido: más que á la parte verdaderamente monumental y artística, han dedicado sus laudables tareas á las combinaciones histórico-locales; y como desgraciadamente su voz suena en medio de las olas del Mediterráneo, las más de sus producciones no han llegado al continente, ó si han llegado, carecieron de la publicidad é importancia que debieran hacerlas apreciables y conocidas (a).

Bien podemos, pues, afirmar que bajo su aspecto artístico y literario es Mallorca un reino oculto para la mayor parte de los españoles; y que, si buenos ingenios para escribirlo con tino y concienzuda particularización de sus bellezas (1), no posee aque-

(a) Dameto en el primer tercio del siglo xvii, Mut á mediados del mismo, y Alemany á la entrada del xviii, dieron consecutivamente á luz la historia de Mallorca, más defectuosa en el criterio que en las formas, sobre los materiales, en gran parte, que dejó Binimelis acumulados. Á investigaciones más concretas se dedicaron luego el erudito D. Ventura Serra y el sabio P. Pasqual, cisterciense, dignísimo apologista de Lull; mientras que con solicitud infatigable los capuchinos P. Cayetano de Mallorca y P. Luís de Villafranca, el laborioso paborde Terrassa, y otros en época posterior, compilaban sus pacientes misceláneas. Raro es en este siglo el que se ha resignado á dejar inéditos sus trabajos, no siempre de gran provecho, y ojalá hubiese tardado menos en imprimirse el precioso *Viaje* del P. Villanueva á la iglesia de Mallorca, para prevenir mucho fárrago de publicaciones. Entre las innumerables de Bover, no obstante, las hay que prestan algún servicio. En clase de apuntes manuscritos y extractos de documentos son un modelo los del paborde Jaume.

(1) Aludimos particularmente á los jóvenes redactores del difunto periódico

lla isla un tratado completo, que en las demás provincias despierte amor á sus glorias pasadas y veneración á sus monumentos y preciosidades presentes.

Tal vez no son tantas las fábricas que adornan su suelo que pueda parangonarse con las demás provincias españolas; mas la posición de las mismas es tal, tan pintorescos los sitios donde ellas no abundan, que compensan ampliamente su falta las bellezas naturales. ¿Cómo no admirar aquella espléndida bahía, en cuyo seno adormida Palma levanta al cielo sus torres, su catedral y su lonja, ó se mira en el espejo de las aguas, mientras en la vecina cumbre vela el antiguo Bellver, ceñido de espesos muros? Valldemosa asoma entre riscos, bella con su aspereza y con la sencillez de sus habitantes; y en medio de aquel lugar salvaje y retirado destácase la Cartuja, hoy despoblada y silenciosa. Andraig, Bañalbufar, toda aquella costa ostenta enseñadas pintorescas, y torres ó atalayas en las alturas; Deyá desparrábase por las laderas de una colina y por el fondo de un valle, á la sombra de escarpada eminencia, y al són fresquísimo de las corrientes que bullen bajando entre las hojas; cercada de montañas Sóller cubre el llano con la innumerabilidad de sus naranjos, que embalsaman el aire; y en Artá la naturaleza despliega á los ojos del viajero un espectáculo, que le hace echar en olvido los monumentos, y cuya impresión le acompaña aun cuando desde el alcázar del buque dice adiós á la isla, que va hundiéndose en una línea inmensa y azulada.

Sobre aquellas fábricas, sobre estos sitios pintorescos vuelan las sombras de lo pasado, y la tradición que anima los peñascos solitarios puebla también los rotos castillos. Allí el celta sencillo

---

literario, *La Palma* (a), D. José María Quadrado, D. Tomás Aguiló y D. Antonio de Montis, que en aquella producción hicieron muestra de excelentes principios en punto á literatura y filosofía, de exquisitos conocimientos en la historia de su patria, y de buen gusto y acierto en el modo de tratarla.

(a) Duró su publicación desde principios de Octubre de 1840 hasta fin de Abril del siguiente año.

y desnudo amontonó sus túmulos ciclópeos, y aquí el latino plantó sus águilas; el árabe vive aún en los nombres con que llamó á sus pueblos; las hazañas de los conquistadores cristianos llenan todas las comarcas; y todavía están en pie muchas de las fortalezas, que un tiempo resonaron con el rumor del combate, en que una era la sangre de vencedores y vencidos, y con el grito de la sublevación y disensiones que dieron la estocada de gracia al esplendor de Mallorca.

Constantes, pues, en nuestro primer propósito, nosotros enlazaremos la historia con la descripción de los sitios y de los monumentos; mas perdónesenos esta innovación en nuestro plan: creemos no fuera inoportuno, antes de internarnos en la relación de los recuerdos y bellezas de la isla, saber algo de sus épocas más antiguas, y presentar reunidos por vía de resumen los hechos anteriores á su restauración, ya que unas y otras difícilmente encontrarían buen lugar entre los objetos artísticos ó naturales. Además, la osada expedición de los catalanes y aragoneses al mando de D. Jaime y la expulsión de los moros no son para mentadas como incidentes; y pues ellas forman la mayor parte de las páginas y las más brillantes de la historia de Mallorca, bien les corresponde ocupar el primer término y destacarse sobre el suelo en que el mundo las admiró. Y si los acontecimientos son los que valen importancia á toda nación, désenos que principiemos por hacer que la lectura de lo pasado despierte en el lector deseos de ver lo presente, y á ello le aficione. Sabidos son los altos hechos de los romanos, antiguos dominadores del orbe; y hoy el artista estudia con afán los restos de su tránsito sobre la tierra, y en ellos repasa la multitud lo que leyó en la historia. La de los árabes sonó envuelta en la armonía de los romanceros por las márgenes del Rhin, del ancho Danubio y del Támesis nebuloso, fecundas en saber, fe y entusiasmo; y los hijos del norte, de faz modesta, dulce y pensadora, atraviesan la Europa para avivar la santa llama del entusiasmo al pie de las mezquitas orientales ó de los palacios

granadinos, y seguir en todas sus fases el idealismo de aquel pueblo á la par de su engrandecimiento y pujanza. En todas partes la historia ha dado un nuevo valor al monumento: ella ha animado las comarcas y fijado las miradas del viajero en las llanuras, donde algún día corrió sangre humana por la libertad ó por la servidumbre, por el interés común ó por la ambición de uno solo.

Abramos, pues, los anales mallorquines, y apuntando las épocas que más descuellen, ensayemos una relación de cuanto notable, así en fábricas como en bellezas naturales, contiene Mallorca. Esta empresa acometemos, si con buena voluntad, con la desconfianza que deben de inspirarnos los recursos propios, la dificultad del asunto, en que así hay que huir de extremada alabanza como de crítica desordenada, ya que á vueltas de la perfección va en él la medianía, y sobre todo el haber sido las más de sus partes tratadas por el gran Jovellanos, que es decir, con maestría, interés y conciencia.

Nuestra manera de ver en arte, bien consignada está en el tomo de CATALUÑA: antes que la ejecución busquemos la poesía y la filosofía; consultamos las épocas y la historia; y nada calificamos de insignificante, aunque según las reglas lo sea, si lleva consigo algo que caracterice una faz del arte mismo, ú ofrezca interés para el estudio de trajes ó de detalles. Fuera de estas consideraciones, admiramos la belleza de las formas, y en este particular tal vez sólo con ciertos géneros modernos somos exclusivistas. Amamos el bizantino, y al través de su rudeza, en sus triples arcos cilíndricos, anchos dinteles, gruesos pilares ó cuadrados machones y capiteles caprichosos, procuramos encontrar su elegancia; el gótico es el objeto de nuestro culto, si así puede decirse, y para nosotros el más espiritual, profundo, filosófico, bello, y sobre todo el más cristiano; y no negamos respeto y atención ni al plateresco delicado y menudo, ni al noble greco romano, aunque en nuestro sentir carezca éste de significación aplicado á los usos religiosos, y sea como quien á los

dos mil años de sepultado resucitase en medio de otro pueblo con el mismo traje, habla, pensar y maneras de los tiempos en que vivía.

Amantes de lo que es antiguo y honroso á la patria, vengamos en lo posible la memoria de los humildes artífices, á los cuales debe España sus mejores edificios: el polvo de los archivos no nos arredra; y cuando conseguimos arrancar algún nombre ilustre al diente roedor del tiempo y de la carcoma, encontramos viva satisfacción y la más lisonjera recompensa en la persuasión de que, si nuestros trabajos no son desatendidos, aquel nombre se pronunciará al hablar del monumento, y para mayor gloria de la España habrá otro que añadir á los que forman sus copiosos anales artísticos.

La palabra destructora de los filósofos del siglo XVIII y la revolución han pasado como un soplo de muerte sobre nuestros monumentos, y numerosas ruinas marcan su tránsito: el respeto á lo que fué, mengua cada día; y las creencias, las buenas costumbres y las tradiciones — rica y fragante corona de la humanidad, — van desapareciendo hoja á hoja, sin que nuevas flores las reemplacen y embalsamen la vida. Firmes en la obra comenzada, nosotros abogamos por las creencias, respetamos las buenas costumbres, y pedimos á las tradiciones su poesía. Y en ello no hacemos más que lo que nos dictan nuestras creencias mismas, y nuestra convicción de que, cuanto menos se fundan en los sentimientos, particularmente en el religioso, y en la bondad de los individuos las ideas que han de servir de base á las constituciones y de vínculos á la sociedad, cuanto más se convierte á los hombres en máquinas políticas, ó mejor dicho, en ruedas de la máquina, sin que para ponerlas en acción se tenga en cuenta otra cosa que los abstractos deberes del ciudadano; más imperfectas son las sociedades, y sus constituciones menos duraderas.

Marzo de 1842.

P. PIFERRER.